DESAFIO

DE

MM. DE BEAUVALLON Y DUJARIER.

El dia 7 de marzo de 1845, hallábanse reunidas diez y ocho ó veinte personas en una espléndida comida en París en la fonda de los Hermanos Provenzales. Estas personas eran periodistas, caballeros de industria, actrices y mujeres de teatro: era un verdadero banquete de jóvenes solteros, no obstante haber en ella señoras. La Aufitrion era una artista del Vaudeville, Mlle. Lievenne, arrogante jóven de abundante cabellera de ébano, de hermosos ojos negros de arlesiana ó morisca, de tez blanca, de talle opulento, cualidades todas necesarias para formar una de esas actrices que hablan mas á los palcos de proscenio que al verdadero público, y para las que consiste en el vestido todo el papel escénico.

De todos los comensales, uno solo habia sido convidado por Mlle. Lievenne; los demás pagaban su escote. Era el convidado uno de esos reyes del periodismo, propietario de parte del periódico *La Prensa* y director de sus folletines. Llamábase Dujarier. Los comensales á escote eran: M. Roger de Beauvoir, novelista mas célebre por sus escentricidades de traje, de lenguaje y de conducta que por la espeluznadora novela titulada *el Estudiante de Cluny*, que hizo su fama literaria; M. Rosemundo de Beauvallon, criollo de Guadalupe, cuñado de Granier de Cassagnac, y por la gracia de este enlace, dictador del folletin de teatros en el periódico *El Globo*. Añádase á estos nombres los de cierto número de jóvenes hijos de familia, nobles ó no, pero todos *caballeros*, como principiaba á decirse entonces, y que derrochaban su legítima como alegres camaradas ávidos de banquetes de actrices y de desenfrenadas partidas de sacanete. Mlle. Lievenne tenia á sus órdenes un batallon encantador de actrices de su edad: Mlle. Atala Beauchene, Alice Ozy, Virginia Capon, Mad. Thenard y algunas de esas mujeres que solo se encuentran en París y que bautiza cada generacion con un nombre nuevo, magdalenas, loretas, leonas, jóvenes de mármol ó del medio-mundo.

La comida, la cena si se quiere, fue sumamente alegre. M. Roger de Beauvoir llevó á ella su chispa mas animada, su espléndida cabellera y uno de sus chalecos mas flamantes. Dujarier brindó en los postres por los cabellos de Roger, por el chaleco de Roger: este que no queria quedar en zaga, bebió por la cabeza calva de Dujarier y por sus famosas *Memorias de M. de Montholon*, que anunciaba de contínuo la *Prensa* y que nunca publicaba.

Terminada la cena, se corrió una mampara y se organizó, dividido el espacio, en una parte de la sala un juego de sacanete, y en la otra un baile improvisado. Pero toda aquella alegría fue amortiguada por una ligera nube. Algun tanto acalorado Dujarier por sus brindis, se puso á tutear á aquellas damas, cosa que en verdad no escitó muy viva indignacion en estas lindas vasallas del folletin, habituadas á respetar á su señor y dueño hasta en sus mas indiscretos caprichos: pero al dirigirse Dujarier á Mlle. Lievenne, añadió haciendo resonar el oro de sus bolsillos: «Anais, dormiré en tu casa en el término de...» Unos añadieron, un mes, otros seis: poco importaba el término en aquel caso. Estas palabras de Dujarier eran demasiado vivas aun para aquella sociedad, asi es que fueron oidas con enfado y Dujarier tuvo que implorar su perdon, besando la mano de la bella ofendida, y Mlle. Lievenne que nunca habia pasado por cruel, tuvo la galantería de perdonar.

Algunos instantes despues ocurrió otro lance. M. Roger de Beauvoir se acercó á Dujarier y le preguntó con insistencia sobre una novela que hacia bastante tiempo habia entregado á la *Prensa* y que Dujarier no publicaba no obstante habérsele pagado su precio anticipadamente. Aunque Dujarier era complaciente, era ante todo hombre de negocios, y como buen comerciante, consultaba sobre todo el gusto del público y las novelas que por entonces favorecia preferentemente eran las novelas de Alejandro Dumas. Dujarier no abria, pues, sus columnas sino *al Dumas*.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación